



# Calibán

Revista Latinoamericana  
de Psicoanálisis

# Calibán

Revista Latinoamericana  
de Psicoanálisis

Volumen 12, Nº 1, Año 2014

ISSN 2304-5531

Publicación oficial de FEPAL  
(Federación Psicoanalítica de América Latina)

Luis B. Cavia 2640 apto. 603 esq. Av. Brasil,  
Montevideo, 11300, Uruguay.  
revista@fepal.org  
Tel: 54 2707 7342. Telefax: 54 2707 5026.  
www.facebook.com/RevistaLatinoamericanadePsicoanalisis



Federación  
Psicoanalítica  
de América Latina

## Comisión Directiva

### Presidente

Abel Mario Fainstein (Asoc. Psic. Argentina)  
Suplente: Fernando Weissmann (Asoc. Psic. Argentina)

### Secretaria General

Jeanette Dryzun (Asoc. Psic. Argentina)  
Suplente: Darío Alberto Arce (Asoc. Psic. Argentina)

### Tesorería

Liliana Tettamanti (APdeBA)

### Coordinador Científico

Sergio Lewkowicz (Soc. Psic. de Porto Alegre)  
Suplente: Zelig Libermann (Soc. Psic. de Porto Alegre)

### Directora de Sede

Susana García Vázquez (Asoc. Psic. del Uruguay)  
Suplente: Ana María Chabalgoity (Asoc. Psic. del Uruguay)

### Directora del Consejo Profesional

Amelia Jassan (Asoc. Psic. Mexicana, A.C.)  
Suplente: Alexis Schreck Schuler (Asoc. Psic. Mexicana, A.C.)

### Directora de Comunidad y Cultura

Mónica Cardenal (Asoc. Psic. de Buenos Aires)  
Suplente: Nara Amália Caron (Soc. Psic. de Porto Alegre)

### Coordinador de Niños y Adolescentes

Sérgio Nick (Soc. Bras. de Psic. do Rio de Janeiro)  
Suplente: Maria Cecília Pereira da Silva (Soc. Brasileira de Psicanálise de São Paulo)

### Director de Publicaciones

Luis Alejandro Nagy Urbina (Soc. Psic. de México, A.C.)  
Suplente: Alejandro Martini Morel (Soc. Psic. de México, A.C.)

- Las opiniones de los autores de los artículos son de su exclusiva responsabilidad y no reflejan necesariamente las de los editores de la publicación. Se autoriza la reproducción citando la fuente y sólo con la autorización expresa y por escrito de los editores.
- Los editores han hecho todo lo posible para contactarse con los poseedores de los copyrights de las imágenes usadas. Si usted es responsable de alguna de las imágenes y no nos hemos puesto en contacto, por favor, comuníquese con nosotros a nuestro correo.

## Editores

- Mariano Horenstein (Argentina), Editor en jefe.
- Laura Verissimo de Posadas (Uruguay), Editora en jefe suplente.
- Raya Angel Zonana (Brasil), Editora asociada.
- Andrea Escobar Altare (Colombia), Editora asociada.

## Comisión Ejecutiva

Gloria Gitaroff (Argentina-Editora de sección *Bitácora*), Admar Horn (Brasil), Marta Labraga de Mirza (Uruguay-Editora de sección *Ciudades Invisibles*), Sandra Lorenzon Schaffa (Brasil-Editora de sección *De memoria*), Fernando Orduz (Colombia-Editor de sección *Textual*), Lúcia Palazzo (Brasil-Editora de sección *Vórtice*), Jean Marc Tauszik (Venezuela-Editor de sección *Clásica & Moderna*), Laura Verissimo de Posadas (Uruguay, editora de sección *Argumentos*), Raya Angel Zonana (Brasil-Editora de *Dossier*), Natalia Mirza (Uruguay), Natalia Barrionuevo (Argentina), Adriana Yankelevich (Argentina).

## Consejo de editores regionales

César Luís de Souza Brito (SPPA), Helena Surreaux (SBPPA), Candida Holovko (SBPSP), Viviane Frankenthal (SBPRJ), Maria Arleide da Silva (SPR), Miriam Catia Bonini Codorniz (SPMS), Claudia Borensztein (APA), Cristina Bisson (APdeBA), Eduardo Kopelman (APC), Rosa Amaro (SPM), Ana María Pagani (APR), Julia Braun (SAP), Marta Labraga de Mirza (APU), Marta Guzmán (APCH), Jorge Bruce (SPP), Carlos Gómez-Restrepo (Socolpsi), Rómulo Lander (SpdeC), Paolo Polito (AsoVeP), Julia Casamadrid (APM), Adriana Lira (APG).

Revisión de la versión en español: Andrea Escobar Altare.

Revisión de la versión en portugués: Raya Angel Zonana.

Colaboradores: Noemí Chena (APC), Iliana Horta Warchavchik (SBPSP), Raquel Plut Ajzenberg (SBPSP), Regina Weinfeld Reiss (SBPSP), Osvaldo Canosa (APA), Verónica Esther Díaz (APdeBA), Eloá Bittencourt Nóbrega (SBPRJ), Wania Maria Coelho Ferreira Cidade (SBPRJ), Analia Wald (APA), Vivian Schwartzman (SPP), Alfredo Valencia (APM), Helena Surreaux (SBPPA), Marcelo Marques (APF).

Logística & Comercialización: Jorge Federico Gómez.

Traducción, corrección y normalización de textos: Denise Mota, Natalia Mirza, Alejandro Turell, Nadia Piedra Cueva, Néstor Gamarra, Ana Tanis, Ana María Olagaray, Abigail Betbedé, Camila Barretto Maia.

Diseño: Di Pascuale Estudio [www.dipascuale.com].

# Índice

- 6 Editoriales
- 6 *Palabras de la Comisión Directiva de FEPAL*
- 9 ***Print the legend***  
*por Mariano Horenstein*
- 17 Argumentos
- 18 **Había una vez... una historia, una realidad...**  
*por Hilda Botero C.*
- 37 **Ficción, realidad y el campo analítico**  
*por Jay Greenberg*
- 58 **Realidades y ficciones en la práctica  
y en la formación psicoanalítica**  
*por Rómulo Lander*
- 76 **Fragmentos para un diálogo entre realidad y ficción**  
*por Fernando Orduz*
- 91 **Realidades y ficción en la clínica psicoanalítica**  
*por Rafael Paz*
- 107 Fuera de Campo
- 108 **La herencia**  
*por Thomas H. Ogden*
- 110 **La herencia. Algunos comentarios sobre  
el texto de Thomas Ogden**  
*por Juarez Guedes Cruz, Paulo Henrique Favalli,  
Sergio Lewkowicz, Maurício Marx e Silva, Ana Rita Taschetto,  
Karen Cainelli, Katia Ramil Magalhães, Laura Meyer da Silva,  
Maria da Graça Motta y Nyvia Oliveira Sousa*

- 131 **Textual**
- 132 **“Hechizar el mundo es una forma de soportarlo”**  
*Entrevista a Juan Villoro*
- 143 **Vórtice: ¿Quién puede ser psicoanalista?**
- 144 **Nos dieron espejos: qué extraña civilización**  
*por Lúcia Palazzo*
- 150 **“Esto es para quien quiere y no para quien puede”**  
*por Anna-Maria de Lemos Bittencourt*
- 153 **Una argumentación por la aceptación de psicoanalistas gays**  
*por Ralph Roughton*
- 157 **El método y el desvío**  
*por Pedro Duarte*
- 160 **¿Quién puede ser psicoanalista?**  
**Apuntes sobre una construcción interminable**  
*por Virginia Ungar*
- 163 **Desasosiegos de un caminante**  
*por Leonardo A. Francischelli*
- 166 **Ser analistas: esa delicada condición**  
*por Gladys Franco*
- 169 **La acreditación de un psicoanalista**  
*por Leonardo Peskin*
- 172 **El gato de Forer**  
*por Jorge Kantor*
- 175 **Ser/volverse analista. Raíces y frutos  
de una antigua cuestión**  
*por Roberto Luís Franco y Adriana Lasalvia*
- 179 **Un testimonio sobre los desafíos  
en el ejercicio de la función didáctica**  
*por Marion Minerbo*
- 182 **La relación entre los objetivos del psicoanálisis  
y las aptitudes del analista**  
*por Alfonso Pola Matte*

- 185 **Dossier: La época del psicoanálisis II**
- 186 **Los vivos, los muertos y el pasado: psicoanálisis e historia**  
*por Mariano Ben Plotkin*
- 194 **El psicoanálisis en la filosofía**  
*por Mónica B. Cragolini*
- 203 **Epistemologías y psicoanálisis**  
*por Esther Díaz*
- 210 **El psicoanálisis y sus "otros"... de lo mismo**  
*por Eduardo Grüner*
- 222 **El diseño del Yo**  
*por Ronald Kapaz*
- 229 **El legado del sueño en la ciencia, las artes y las letras**  
*por Mariza Werneck*
- 237 **Ciudades Invisibles**
- 238 **Entre las montañas y el mar: Río de Janeiro**  
*por Wania Maria Coelho Ferreira Cidade*
- 245 **Clásica & Moderna**
- 246 **Pichon-Rivière. Pourquoi pas psychanalyse?**  
*por Roberto Losso*
- 255 **De Memoria**
- 256 **Reflexiones institucionales**  
*por Moisés Lemlij*
- 263 **Psicoanálisis en Brasil: tan sólo una foto virtual...**  
*por Leopold Nosek*
- 271 **Mi vida y el movimiento psicoanalítico en el Río de la Plata**  
*por Marcelo Viñar*
- 278 **Albores del psicoanálisis en América Latina.**  
**La pregunta por la subjetividad**  
*por Lucía Rossi*
- 287 **Bitácora**

## Los vivos, los muertos y el pasado: psicoanálisis e historia

*(El historiador) –Y usted, ¿a qué se dedica?  
(El psicoanalista) –A lo mismo que Ud. La  
única diferencia es que yo trabajo con vivos y  
Ud. con muertos...*

ERWIN DUKATENZEILER,  
*El porvenir de una ilusión  
(el psicoanálisis)*

*En lo que respecta a la gente de tiempos pasados, estamos en la misma posición que respecto de sueños para los cuales no tenemos asociaciones –y solamente un lego puede esperar de nosotros que interpretemos sueños semejantes.*

FREUD, carta a Lytton Strachey (1928)<sup>1</sup>

Sigmund Freud inventó el psicoanálisis como una tecnología médica destinada a curar algunas dolencias mentales y, al mismo tiempo, como un método de investigación de otra “creación” suya: el inconsciente. En uno de los textos fundacionales del psicoanálisis se sostenía que mucho se ganaría si se lograra transformar la miseria histórica en una simple infelicidad común (Breuer & Freud, 1893/1991, p. 305). Sin embargo, estas modestas aspiraciones muy pronto se vieron desbordadas y en 1913, a pedido de una prestigiosa revista italiana, Freud (1913) escribió un artículo destinado a discutir los aportes que el psicoanálisis podría realizar a diversas disciplinas científicas (incluida la filosofía). Empero, también en este caso Freud

seguía caracterizando a la disciplina de su creación como un procedimiento médico destinado a curar algunas formas de enfermedades nerviosas (neurosis) por medio de técnicas psicológicas (Freud 1913, p. 165).

Freud pertenecía a una generación de científicos educados durante las últimas décadas del siglo XIX que formaban parte de lo que podríamos caracterizar como “el momento evolucionista”, muy influenciado por las ideas de Charles Darwin, pero también por las de J. B. Lamarck. Aunque a lo largo de su carrera Freud hizo esfuerzos explícitos por insertar su disciplina en el universo de las ciencias de su época –sus discusiones sobre el psicoanálisis como una posible “visión del mundo” iban en este sentido (Freud, 1933/1974c)–, lo cierto es que si pensamos la obra freudiana no en términos de “obras completas” sino como un conjunto de escritos heterogéneo y a veces contradictorio desarrollado a lo largo de más de cuatro décadas –un período pleno de cambios radicales de paradigmas científicos e ideológicos–, comprobamos que el “archivo” de Freud, es decir, el conjunto de textos, ideas y saberes en los que fundó su propio saber, era sumamente diverso. Dentro de ese conjunto de saberes me detengo en uno en particular: la historia (entendida ésta como historiografía, es decir, como disciplina dedicada a la reconstrucción del pasado; ella misma un producto histórico) y sus relaciones con el psicoanálisis

\* Miembro del CIS-IDES/Conicet – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.

1. Citado por Burke (2007). Traducido por mí.

freudiano<sup>2</sup>. Esto es así porque hay una cierta afinidad electiva entre la historia y el psicoanálisis en cuanto a sus objetivos y métodos. En ambos casos la tarea consistiría en construir una narrativa sobre el pasado basándose en vestigios encontrados en el presente. La temporalidad es constitutiva del saber y de la práctica psicoanalítica así como, obviamente, de la historiográfica. ¿No es a través de la *comprensión* y reconfiguración del pasado por medio de las técnicas de interpretación y (re)construcción que el paciente analítico puede reconfigurar su posición en el presente y proyectarse hacia el futuro? ¿Cuál otra sería la tarea del historiador profesional y el estatuto social de su disciplina sino contribuir a pensar el pasado (social) desde el presente de cara al futuro? (Cruz, 2014).

Esta afinidad de métodos y objetivos se da en dos sentidos: el de la interpretación –en ambos casos la construcción de narrativas se realiza con base en un trabajo hermenéutico sobre los retazos del pasado que se encuentran en el presente– y el de la propia tarea de construcción de esa narrativa. Sostenía Freud que “su tarea [la del psicoanalista] es hacer surgir lo que ha sido olvidado a partir de las huellas que ha dejado tras sí, o más correctamente, construirlo” (Freud, 1937/1974d, p. 33, subrayado en el original). Por lo tanto, la tarea psicoanalítica se aproximaría a la historiográfica tanto en su dimensión interpretativa como en su dimensión constructiva.

En el texto mencionado más arriba, Freud (1913) señalaba que la comparación entre la infancia del individuo y la historia temprana de las sociedades había resultado fructífera tanto para el psicoanálisis como para la historia de las civilizaciones. En realidad esta asociación se basaba en uno de los puntos más débiles del edificio psicoanalítico, aquel al que Freud insistió en aferrarse hasta el final de su vida aun-

que las pruebas de su obsolescencia eran señaladas por sus colaboradores más cercanos (Jones, 1947): el evolucionismo lamarckiano asociado a la idea haeckeliana de que la ontogénesis recapitula la filogénesis (Maffi, 2012; Plotkin, 2013). Los estudios “antropológicos” de Freud, particularmente “Tótem y tabú” (Freud, 1913/1974a), son productos de ello.

Sin embargo, las simetrías y similitudes entre psicoanálisis e historia tienen límites e importantes matices, y no son ni simples ni lineales. No me voy a explayar acá sobre estas diferencias –que ya he discutido en otro texto (Plotkin, 2013)–. Prefiero concentrarme en lo que cada una de las disciplinas –historia y psicoanálisis– puede aportar a la otra<sup>3</sup>, pero considero importante señalar algunos puntos previamente. En primer lugar, la temporalidad del psicoanálisis es diferente de la temporalidad historiográfica. A pesar de que desarrollos teóricos recientes tienden a cuestionarlo, lo cierto es que la materia prima de la historiografía como disciplina moderna sigue siendo una temporalidad lineal en la que sucesos más recientes pueden ser interpretados a la luz de otros más remotos. La temporalidad freudiana es bien distinta de la historiográfica, puesto que viola las nociones convencionales sobre la linealidad del devenir, cuestionando al pasado su estatuto de tal (Armstrong, 2005, p. 136). La temporalidad psicoanalítica es múltiple debido a la tensión existente entre la dimensión consciente que se desarrolla en el tiempo histórico y el inconsciente que no reconoce temporalidad alguna, y porque lo reprimido retorna como síntoma, originando una suerte de circularidad histórica. En la temporalidad freudiana el pasado es presente y actúa sobre él, y el ejemplo más claro es el fenómeno de la transferencia que puede ser definido como “pasado en acción”. La temporalidad psicoanalítica –si dejamos de lado las hipótesis evolucionistas y filogenéticas de

2. En lo que sigue, a menos que se aclare lo contrario, el término *historia* se utilizará como sinónimo de *historiografía*.

3. Los intentos de articular historia y psicoanálisis son de larga data. Actualmente existen al menos dos revistas internacionales destinadas a ese propósito: *Psychoanalysis and History*, dirigida por John Forrester de la Universidad de Cambridge, y *CulturasPsi/PsyCultures*, revista online de acceso libre ([www.culturaspsi.org](http://www.culturaspsi.org)).

Freud— se condensa, en última instancia, en el período vital del paciente; la historiográfica se conecta con la de los muertos a cuyo inconsciente (tomado como una hipótesis más que como una realidad *a priori*) es imposible acceder. No es posible psicoanalizar a los muertos, como reconoce el propio Freud en la carta que sirve de acápite, aunque él mismo no se haya privado de intentarlo. La historiografía parte de un duelo, puesto que el pasado sólo puede ser estudiado en tanto se lo reconoce como tal, aunque las preocupaciones y las preguntas se originen en el presente y se proyecten hacia el futuro, y aunque ese pasado esté muy cercano a nosotros. El psicoanálisis, por su parte, busca la aceptación del duelo con el pasado individual.

La temporalidad historiográfica se da en dos momentos: el del historiador y el de los hechos que se historizan. La temporalidad psicoanalítica, por el contrario, se manifiesta en una multiplicidad de momentos: el del presente y el de los múltiples pasados que se transforman en otros tantos presentes a partir de los cuales las fuentes y los indicios se reinterpretan y reconfiguran. La temporalidad del psicoanálisis agrega una complejidad adicional dado que Freud plantea desde muy temprano (Freud, 1895/1966, p. 356) la existencia de una suerte de “causalidad invertida” —*nachträglichkeit*—, según la cual las experiencias más recientes permiten no solamente darle sentido sino cambiar el estatuto ontológico de eventos pasados, al otorgarles entidad traumática a hechos que no tuvieron tal carácter cuando efectivamente ocurrieron, ya que quedaban fuera de toda posible conceptualización. Como señala Freud en el caso de “El hombre de los lobos”, “el niño recibe al año y medio una impresión a la que no puede reaccionar suficientemente; sólo después, teniendo ya cuatro años, cuando tal impresión experimenta una reviviscencia, llega a comprenderla y a ser agitado por ella, y sólo dos decenios después puede aprehender, con actividad mental consciente, lo que en aquella pri-

mera época sucedió en él” (Freud 1918/1974b, p. 1963, nota 1341). Michel de Certeau sostiene que las diferencias respecto a las formas de historizar el pasado existentes entre psicoanálisis e historia fuerzan al historiador a repensar su relación con su objeto, puesto que donde la historiografía conceptualiza la relación de eventos en forma de sucesión, de correlación, de efecto y de disyunción, el psicoanálisis encontraría imbricación, repetición, equívoco y equivocación (De Certeau, 1995, pp. 78-79).

Más allá de éstas y muchas otras diferencias y asimetrías que no discutiré acá, lo cierto es que ambas disciplinas, psicoanálisis e historiografía, tienen suficientes puntos en común como para entablar un diálogo fructífero. ¿Cuáles serían las bases de este posible diálogo? Comencemos por mencionar brevemente tres formas de apropiación de elementos del psicoanálisis por parte de la historiografía que considero particularmente infructuosas. La primera consistiría en realizar un uso instrumental del psicoanálisis tal como pretendió la así llamada “psicohistoria” que estuvo de moda en ciertos espacios académicos norteamericanos durante las décadas de 1960 y 1970; es decir, un “psicoanálisis” de los muertos y por lo tanto realizado por fuera de una de las condiciones fundamentales del psicoanálisis: la asociación libre del paciente. Es que el psicoanálisis sólo puede realizarse entre los vivos porque sus categorías se tornan *a-históricas* cuando se las desplaza del ciclo vital del paciente, es decir, se convierten en supuestamente válidas para todo tiempo y en todo lugar, con independencia de los contextos sociales, políticos y económicos en los que se desarrollan. Sin embargo, se ha señalado (de manera muy discutible desde mi punto de vista) que esta a-historicidad del psicoanálisis le permitiría al historiador construir herramientas para repensar su vínculo con el pasado y reconstruir con él una “empatía” a partir de los elementos comunes (inconscientes y conscientes) que lo unirían a los actores de otras épocas (Taylor, 2012)<sup>4</sup>.

4. Otro historiador ha señalado, por el contrario, que el psicoanálisis permitiría al historiador mantener una “distancia adecuada” con su objeto, el pasado (Phillips, 2012).

Tampoco me parece fructífero pensar el psicoanálisis como una “ciencia auxiliar de la historia” en el sentido en que lo piensa Peter Gay (prestigioso historiador con formación psicoanalítica). Finalmente, y en tercer lugar, no creo que la utilización irreflexiva de metáforas psicoanalíticas en el análisis histórico lleve a este último demasiado lejos<sup>5</sup>. Como señala François Dosse, la colaboración entre las dos formas de saber, psicoanálisis e historia, sólo puede realizarse a condición de evitar la utilización acrítica por parte de cada disciplina de conceptos y métodos de la otra (Dosse, 2002). Los aportes más provechosos que el psicoanálisis ha hecho y puede hacer a la historiografía (y, más en general, a las disciplinas conocidas como “ciencias sociales”) se han realizado en otro plano. Para comenzar, y como han señalado desde lugares y posiciones distintos autores como Michel de Certeau y Dominick LaCapra, el psicoanálisis interpela a la historia y obliga al historiador a poner en cuestión no solamente el estatuto de su saber sino sus propias relaciones con ese saber y hasta con las fuentes en las que se basa. Según LaCapra, la incorporación por parte de los historiadores de conceptos psicoanalíticos tales como el de transferencia, o la idea misma de “atención flotante”, les permitiría clarificar algunos aspectos cruciales de su relación con su objeto de estudio y con la misma noción de “objetividad histórica” (LaCapra, 1987, pp. 228-229).

La mirada psicoanalítica ha contribuido también a un replanteamiento del estatuto de las fuentes historiográficas. Freud insistía –a partir de su supuesto abandono de la llamada “teoría de la seducción” – en que sueños y fantasías podían ser “leídos” e interpretados como signos de las intenciones inconscientes que los producían y no ya como “reflejos” distorsionados de eventos “reales” –es decir, externos– a los cuales se referían (Toews, 1991, pp. 504-

545; Maffi, 2012). Por lo tanto, las fantasías y los sueños, en tanto formas discursivas, adquirieron un nuevo estatuto ontológico y epistemológico, y pasaron de ser “fuentes” en el sentido historiográfico a ser a la vez fuentes y objeto de la investigación analítica. En parte influenciados por el psicoanálisis, ciertos sectores de la historiografía también han reelaborado recientemente la concepción tradicional de *fuerza*, y transformaron a la memoria (y a los olvidos), a las fantasías colectivas y a los discursos en fuentes y objetos de investigación. La preocupación por la memoria como objeto de estudio y como fuerza ha vuelto sin duda más porosos los límites entre historiografía y psicoanálisis (Ricoeur, 2004).

La noción misma de “acción diferida” puede constituir (utilizada con prudencia) un aporte importantísimo a la historiografía para repensar ciertas construcciones de la memoria colectiva. La idea de que un hecho histórico puede ser resignificado por la memoria colectiva y adquirir un estatuto que no tuvo en el momento en que ocurrió abre una serie de problemas que la historiografía no puede ignorar. ¿Qué cosa son las historias nacionales (oficiales o no) sino las resignificaciones del pasado a partir de lecturas realizadas a la luz de hechos y procesos presentes? Eventos olvidados (¿reprimidos?) pueden de pronto ser “recordados” y reformulados a efectos de otorgar legitimidad a procesos que van desde movimientos nacionales hasta guerras internacionales como se vio, por ejemplo, hace dos décadas en los Balcanes. Movimientos rebeldes que en su momento tuvieron una repercusión relativa o nula, se transforman y rememoran como “guerras de liberación nacional”. Los “olvidos selectivos” que mencionaba Ernest Renan como uno de los fundamentos de la construcción de las naciones pueden aflorar a la luz de diversas maneras y con diversos sentidos a partir de las necesidades genealógicas de eventos presentes.

5. Un ejemplo (y desde luego no es el único) de utilización afortunada de conceptos psicoanalíticos para el análisis histórico es el que hace Lynn Hunt de la idea de “Romance de Familia” como herramienta hermenéutica para comprender el lugar que las ejecuciones de Luis XVI y María Antonieta ocuparon en el imaginario colectivo durante la Revolución Francesa (Hunt, 1992). El ejemplo tal vez más exitoso de utilización de instrumentos analíticos del psicoanálisis para un análisis histórico es el texto clásico de Norbert Elias (1939/2000).

Tampoco me parece fructífero pensar el psicoanálisis como una “ciencia auxiliar de la historia” en el sentido en que lo piensa Peter Gay (prestigioso historiador con formación psicoanalítica). Finalmente, y en tercer lugar, no creo que la utilización irreflexiva de metáforas psicoanalíticas en el análisis histórico lleve a este último demasiado lejos<sup>5</sup>. Como señala François Dosse, la colaboración entre las dos formas de saber, psicoanálisis e historia, sólo puede realizarse a condición de evitar la utilización acrítica por parte de cada disciplina de conceptos y métodos de la otra (Dosse, 2002). Los aportes más provechosos que el psicoanálisis ha hecho y puede hacer a la historiografía (y, más en general, a las disciplinas conocidas como “ciencias sociales”) se han realizado en otro plano. Para comenzar, y como han señalado desde lugares y posiciones distintos autores como Michel de Certeau y Dominick LaCapra, el psicoanálisis interpela a la historia y obliga al historiador a poner en cuestión no solamente el estatuto de su saber sino sus propias relaciones con ese saber y hasta con las fuentes en las que se basa. Según LaCapra, la incorporación por parte de los historiadores de conceptos psicoanalíticos tales como el de transferencia, o la idea misma de “atención flotante”, les permitiría clarificar algunos aspectos cruciales de su relación con su objeto de estudio y con la misma noción de “objetividad histórica” (LaCapra, 1987, pp. 228-229).

La mirada psicoanalítica ha contribuido también a un replanteamiento del estatuto de las fuentes historiográficas. Freud insistía –a partir de su supuesto abandono de la llamada “teoría de la seducción”– en que sueños y fantasías podían ser “leídos” e interpretados como signos de las intenciones inconscientes que los producían y no ya como “reflejos” distorsionados de eventos “reales” –es decir, externos– a los cuales se referían (Toews, 1991, pp. 504-

545; Maffi, 2012). Por lo tanto, las fantasías y los sueños, en tanto formas discursivas, adquirieron un nuevo estatuto ontológico y epistemológico, y pasaron de ser “fuentes” en el sentido historiográfico a ser a la vez fuentes y objeto de la investigación analítica. En parte influenciados por el psicoanálisis, ciertos sectores de la historiografía también han reelaborado recientemente la concepción tradicional de *fuerzas*, y transformaron a la memoria (y a los olvidos), a las fantasías colectivas y a los discursos en fuentes y objetos de investigación. La preocupación por la memoria como objeto de estudio y como fuerza ha vuelto sin duda más porosos los límites entre historiografía y psicoanálisis (Ricoeur, 2004).

La noción misma de “acción diferida” puede constituir (utilizada con prudencia) un aporte importantísimo a la historiografía para repensar ciertas construcciones de la memoria colectiva. La idea de que un hecho histórico puede ser resignificado por la memoria colectiva y adquirir un estatuto que no tuvo en el momento en que ocurrió abre una serie de problemas que la historiografía no puede ignorar. ¿Qué cosa son las historias nacionales (oficiales o no) sino las resignificaciones del pasado a partir de lecturas realizadas a la luz de hechos y procesos presentes? Eventos olvidados (¿reprimidos?) pueden de pronto ser “recordados” y reformulados a efectos de otorgar legitimidad a procesos que van desde movimientos nacionales hasta guerras internacionales como se vio, por ejemplo, hace dos décadas en los Balcanes. Movimientos rebeldes que en su momento tuvieron una repercusión relativa o nula, se transforman y rememoran como “guerras de liberación nacional”. Los “olvidos selectivos” que mencionaba Ernest Renan como uno de los fundamentos de la construcción de las naciones pueden aflorar a la luz de diversas maneras y con diversos sentidos a partir de las necesidades genealógicas de eventos presentes.

5. Un ejemplo (y desde luego no es el único) de utilización afortunada de conceptos psicoanalíticos para el análisis histórico es el que hace Lynn Hunt de la idea de “Romance de Familia” como herramienta hermenéutica para comprender el lugar que las ejecuciones de Luis XVI y María Antonieta ocuparon en el imaginario colectivo durante la Revolución Francesa (Hunt, 1992). El ejemplo tal vez más exitoso de utilización de instrumentos analíticos del psicoanálisis para un análisis histórico es el texto clásico de Norbert Elias (1939/2000).

No es por lo tanto en las analogías entre el desarrollo psicológico del individuo y la historia de las sociedades –como sostenía Freud basándose en sus certezas evolucionistas y sus hipótesis filogenéticas– donde la historia encontraría su asociación más productiva con el psicoanálisis, sino más bien en cuestiones vinculadas a los métodos de investigación y al estatuto del objeto y de las fuentes. No es en las pretensiones historiográficas de Freud –aunque algunas de sus hipótesis puedan ser sumamente iluminadoras– donde el historiador debería buscar acercamientos provechosos al psicoanálisis, sino en la apertura de nuevos horizontes metodológicos y temáticos, y en la búsqueda de instrumentos para el propio cuestionamiento de las relaciones con su objeto, es decir, con el pasado.

La pregunta ahora sería acerca de lo que le puede aportar la historia al psicoanálisis. Para contestar a esto desplazaré mi foco de análisis desde cuestiones más bien teóricas y metodológicas hacia otras que hacen a la constitución del psicoanálisis como práctica social, porque creo que es ahí donde el aporte puede ser más significativo y considero, además, que puede tener consecuencias teóricas de importancia.

El psicoanálisis, como otras prácticas sociales, ha construido sus propios mitos de origen. El más importante sin duda tiene que ver con su ubicación dentro de lo que podríamos caracterizar como una “genealogía vacía”. Según la visión canónica, el psicoanálisis no reconoce antecedentes ya que sería el “descubrimiento” (no la construcción, como lo son, de hecho, todas las prácticas sociales) de un genio solitario trabajando en condiciones de “espléndido aislamiento”. Hay que enfatizar que desde esta perspectiva el inconsciente y, en general, las categorías psicoanalíticas fueron “descubiertas”, puesto que el psicoanálisis y sus conceptualizaciones serían realidades en el sentido más banal del término. El origen de esta mitología ya ha sido ampliamente estudiado y discutido desde los años 60 por autores tales como Henri Ellenberger, Frank Sulloway y muchos otros, y no puedo ocuparme de ello aquí. En el interior de una parte importante de la comunidad psi-

coanalítica el mito de origen ha sobrevivido los embates de la historiografía, cuyos hallazgos simplemente se han ignorado.

Este mito de origen del psicoanálisis se asocia a otro vinculado con su práctica y su estatuto. Aunque Freud hizo todos los esfuerzos posibles para ubicar su saber dentro de la *Weltanschauung* de la ciencia, lo cierto es que la forma en que por lo general se desarrolló la disciplina ha puesto en cuestión esta posibilidad. El primer problema es el de la supuesta irreductibilidad del saber psicoanalítico y la concomitante “extraterritorialidad” que reclama su práctica, cortesía que, según Peter Berger, el psicoanálisis no estaría dispuesto a hacer recíproca a otras formas de saber (Berger, 1965). Esta pretensión de extraterritorialidad se manifestaría en el hecho de que el psicoanálisis se plantea como una forma de saber única e inconmensurable. Como señala el psicoanalista Alfredo Eidelsztein, “para el psicoanalista, el psicoanálisis se vuelve extraterritorial porque se ve obligado a considerar su saber con la misma lógica que aplica en su clínica: el psicoanálisis es distinto a toda otra disciplina” (Eidelsztein, 2008, p. 77), y, por lo tanto, impermeable a cualquier forma de crítica formulada desde fuera del psicoanálisis. Las críticas, por lo general, son además interpretadas como resistencias. El propio Freud señalaba que es “idénticamente imposible (...) discutir con aquellos psicólogos y neurólogos que no reconocen las premisas del psicoanálisis y consideran artificiosos sus resultados” (Freud, 1918/1974b, p. 1965). Es interesante al respecto rescatar una experiencia de Claude Lévi-Strauss al concurrir a la primera presentación del seminario de Jacques Lacan en la *École Normal Supérieure*: “yo confieso francamente que yo mismo, el oyente, en el fondo no comprendía nada. Y me encontraba en el medio de un público que parecía comprender” (citado por Lézé, 2010, p. 25, traducido por mí). Parecería que la “comprensión” de ciertas formas de psicoanálisis se logra por medio de la “iniciación” más que por medio de mecanismos racionales, ya que es una experiencia *inconmensurable*.

La segunda dimensión de la pretensión de extraterritorialidad del psicoanálisis tiene consecuencias tal vez más profundas. Por su peculiaridad, el psicoanálisis estaría por fuera de las “reglas del juego” y por lo tanto no sería susceptible de ser analizado por las ciencias sociales.<sup>6</sup> Desde este punto de vista habría una negación por parte de los psicoanalistas de la dimensión social –y, por lo tanto, histórica– de su práctica, entendida ésta como una forma de interacción social que tiene lugar dentro de un campo específico, con sus reglas de juego propias y sus luchas por la acumulación de capital simbólico (y no sólo simbólico) (Lézé, 2010). Podríamos decir que así como Mao Tse-tung sostenía que sólo desde dentro de la revolución se podía entender la revolución, para importantes sectores dentro del movimiento psicoanalítico sólo aquellos que pasaron por el psicoanálisis –y, en el extremo, sólo los psicoanalistas– estarían en condiciones de comprender el funcionamiento del “campo psicoanalítico”. En buena medida, el régimen de autoridad en que se valida el psicoanálisis está basado en esta pretensión de extraterritorialidad, en su carácter de saber que no puede equipararse a ninguna otra forma de saber y que, por lo tanto, está asociado a una práctica que escapa a cualquier forma de regulación, ya sea legal o simbólica. En el límite “el psicoanalista se autoriza a sí mismo”.

Pierre Bourdieu señaló repetidas veces la falacia de la pretensión de extraterritorialidad, aun de la sociología respecto de sí misma. Toda forma de interacción social basada en un sistema de creencias –como lo son todas, de hecho– (Bourdieu, 1987, p. 157) puede, en tanto formación histórica, ser analizada sociológica e históricamente (y también etnográficamente, agregaría yo). Sin embargo, el éxito del “reclamo de extraterritorialidad” del psicoanálisis se manifiesta en la ausencia (al menos hasta muy recientemente) de verdaderos estudios sociales empíricos, de tipo etnográfico o sociológico, sobre el funcionamiento del campo psi-

coanalítico en contraposición con la abundancia de estudios de este tipo llevados a cabo sobre otras dimensiones de las “culturas psi”.

Luego de este desvío podemos volver a la pregunta que lo inició: ¿qué puede aportarle la historiografía al psicoanálisis? Si aceptamos lo dicho hasta aquí, tenemos que convenir que el psicoanálisis ha desarrollado una particular y peculiar incapacidad de historizarse a sí mismo, lo que le impidió pensarse como práctica social, insertado en un universo más amplio de prácticas y saberes que tienen como objeto la negociación de la subjetividad en el mundo (post) moderno. Si algo puede aportar la historia al psicoanálisis es lo mismo que puede aportar a cualquier situación del presente: retornarlo a la “contingencia de las cosas”, es decir, “desnaturalizarlo”, reintroduciéndolo en el juego de las relaciones sociales y culturales, es decir, “historizándolo”. Eso nos permitiría (y en particular permitiría a los psicoanalistas) pensar la práctica psicoanalítica desde otro lado, no tomándola como un *a priori*, sino preguntándose por el universo conceptual y de prácticas sociales en el que la práctica y el saber psicoanalíticos se han ubicado en las diversas culturas y en los diversos períodos históricos en los que se han desarrollado. Pero esto requeriría un esfuerzo adicional, que podríamos caracterizar como de “exotización” de las categorías psicoanalíticas, es decir, analizarlas con el mismo criterio con que un antropólogo se acerca a las formas de pensamiento de sus “nativos”. Como señala Yosef Yerushalmi –un autor cuyas simpatías con el psicoanálisis están fuera de toda sospecha–, refiriéndose al Moisés de Freud (1937/1974e): “comenzar a realizar una evaluación adecuada de ‘Moisés y la religión monoteísta’ requiere no sólo una suspensión del excepticismo psicoanalítico, sino la habilidad de entrar provisionalmente, pero con empatía, en estructuras de pensamiento y modos de discurso tan ajenos como los encontrados por un antropólogo que estudia las tribus Bororo o Nambikwara del Brasil... o,

6. Para el caso del Brasil ver Russo (1999). Para una discusión de las miradas de los sistemas de creencias desde adentro, ver Bourdieu (1987, pp. 106-112).

si se prefiere, penetrar como Alicia... en mundos 'cada vez más curiosos' [curiouser and curiouser]" (Yerushalmi, 1991, p. 4).

Para ir terminando, digamos entonces que los aportes que cada una de las disciplinas (psicoanálisis e historia) puede hacer a la otra tienen mucho más que ver con proporcionarse mutuamente instrumentos para la autorreflexión (y autocuestionamiento) y para reflexionar sobre las relaciones con sus respectivos objetos, que con la utilización indiscriminada y acrítica de categorías y formas de análisis propias de cada una de ellas. Si el psicoanálisis puede contribuir a abrir nuevos caminos para que los historiadores piensen sus relaciones con las fuentes, el estatuto mismo de éstas y de la "objetividad histórica", así como la apertura de nuevas temáticas y métodos para aproximarse a ellas, la historia (ahora entendida tanto en el sentido de historiografía como en el de sucesión de hechos del pasado) debería aportar al psicoanálisis ni más ni menos que la capacidad para historizarse a sí mismo, desnaturalizando categorías y obligándolo a salir de la autorreferencialidad que pareciera ser un elemento casi constitutivo de su propia historia y de su identidad como fenómeno cultural y social; en otras palabras, permitirle y ayudarlo a enterrar a los muertos.

## Referencias

Armstrong, R. (2005). *A compulsion for antiquity. Freud and the Ancient World*. Ithaca: Cornell University Press.

Berger, P. (1965). Towards a sociological understanding of Psychoanalysis. *Social Research*, 32(1).

Bourdieu, P. (1987). *Choses dites*. Paris: Les Éditions de Minuit.

Breuer, J. & Freud, S. (1991). Studies on hysteria. En J. Breuer & S. Freud, *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud*. London: The Hogart Press and the Institute of Psycho-Analysis. (Trabajo original publicado en 1893)

Burke, P. (2007). Freud and Cultural History. *Psychoanalysis and History*, 9(1), pp. 5-15.

Cruz, M. (2014). *Adiós, historia, adiós. El abandono del pasado en el mundo actual*. México: Fondo de Cultura Económica.

De Certeau, M. (1995). *Historia y psicoanálisis, entre ciencia y ficción*. México: Universidad Iberoamericana.

Dosse, F. (2002). Michel de Certeau, histoire/psychanalyse. Mises à l'épreuve. *Espaces Temps*, 80/81, pp. 66-93.

Eidelsztein, A. (2008). Por un psicoanálisis no extraterrestre. *El Rey Está Desnudo*, 1(1).

Elias, N. (2000). *The civilizing process*. Oxford: Blackwell. (Edición revisada; trabajo original publicado en 1939)

Freud, S. (1913). The claims of Psycho-Analysis to the interest of non-psychological sciences. En S. Freud, *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (Vol. XIII). London: The Hogart Press.

Freud, S. (1966). Project for a scientific psychology. En S. Freud, *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (Vol. I). London: The Hogart Press. (Trabajo original publicado en 1895)

Freud, S. (1974a). Tótem y tabú. Algunos aspectos comunes entre la vida mental del hombre primitivo y los neuróticos. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. 5). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1913)

Freud, S. (1974b). Historia de una neurosis infantil. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. 6). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1918)

Freud, S. (1974c). El problema de la concepción del universo. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. VIII). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1933)

Freud, S. (1974d). *Construcción en psicoanálisis*. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. IX). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1937)

Freud, S. (1974e). Moisés y la religión monoteísta. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. IX). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1937)

Hunt, L. (1992). *The family romance of the French Revolution*. Berkeley: University of California Press.

Jones, E. (1947). *The life and work of Sigmund Freud* (Vol. 3). New York: Basic Books.

LaCapra, D. (1987). History and Psychoanalysis. *Critical Inquiry*, 13(2), pp. 222-251.

Lézé, S. (2010). *L'autorité des psychanalystes*. Paris: PUF.

Maffi, C. (2012). *Le souvenir-écran de la psychanalyse. Freud, Klein, Lacan. Ruptures et filiations*. Paris: Éditions du Félin.

Phillips, A. (2012). Keeping our distance. En B. Taylor & S. Alexander (Eds.), *History and Psyche: Culture, Psychoanalysis and the Past*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.

Plotkin, M. B. (2013). Historia y psicoanálisis. Encuentros y desencuentros. *CulturasPsi/PsyCultures*, 1, pp. 25-44.

Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Russo, J. (1999). Uma leitura antropológica do mundo psi. *Cio-Psyché. Historia da psicologia no Brasil*, pp. 67-75.

Taylor, B. (2012). Historical subjectivity. En B. Taylor & S. Alexander (Eds.), *History and Psyche: Culture, Psychoanalysis and the Past*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.

Toews, J. E. (1991). Historicizing Psychoanalysis. Freud and his time and for our time. *The Journal of Modern History*, 63(3), pp. 504-545.

Yerushalmi, Y. (1991). *Freud's Moses, Judaism terminable and interminable*. New Haven: Yale University Press.